



LA NOVELA GRAFICA

EL AUTOR DE
LA LEY DE FUGAS
POR

EDUARDO BARRIOBERO

252



LA NOVELA GRÁFICA

DIRECTOR PROPIETARIO: MAQUIAVELO

Número 23.

28 de enero de 1923.

NOVELAS PRÓXIMAS

EL DOMINGO 4

APUNTA EL CREPÚSCULO

(diario tormentoso de la vida de un perseguido)

POR LUCIANO DE TAXONERA

EN NUMEROS PRÓXIMOS

Carmen Expósito, de Alfonso Vidal y Planas, y dos novelas sensacionales del Barón de X.: *Los del Libre y los del Único* y *El alma del rey*.

Estas novelas serán ilustradas por Ochoa, Juez, Puig, Solís, Avila y Olaya.

La venta exclusiva de LA NOVELA GRÁFICA en España y América es de la Sociedad General de Librería.

Ferraz, 25. - MADRID

IMPRENTA TORRENT Y COMPAÑÍA, VÁLGAME DIOS, 6. - MADRID

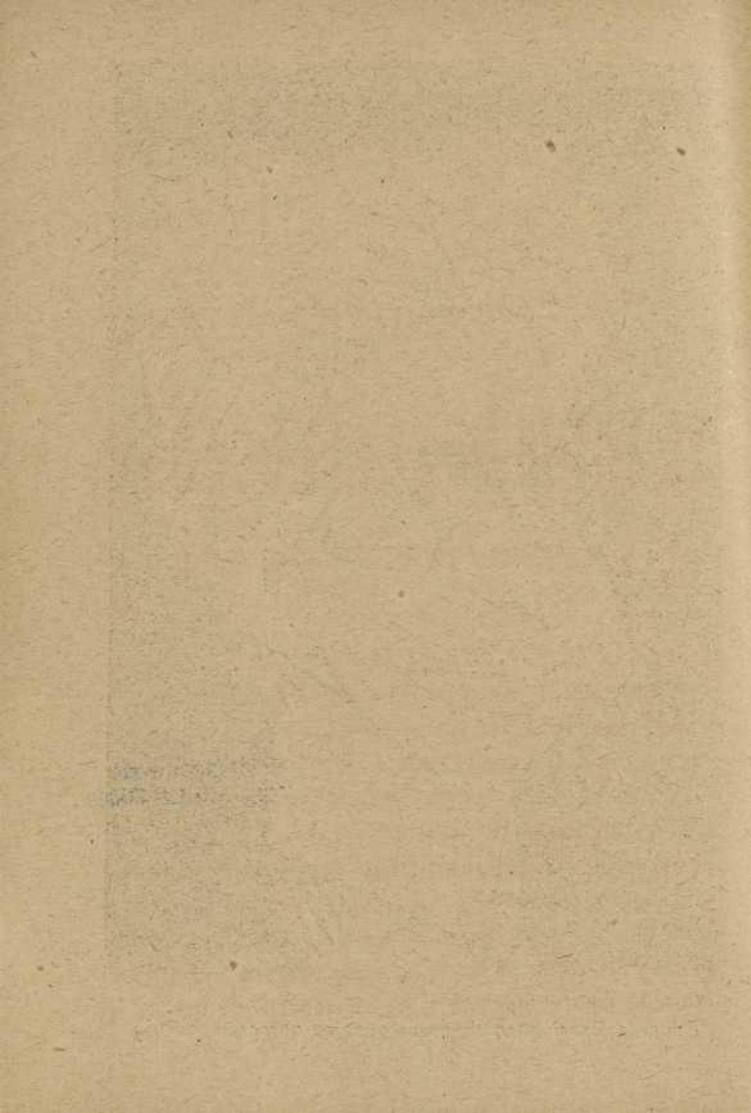
459676

R
3623



Eduardo Barriobero visto por nuestro compañero Puig

R. 299.747





E. BARRIOBERO Y HERRÁN

EL AUTOR DE LA LEY DE FUGAS

(Pequeño Episodio Nacional)

I

¿Te asustas, lector, de los fantasmas?

¿Te causa inquietud la vuelta de los muertos?

¿Te producen terror o espanto las voces de ultratumba?

Si así es, toma las precauciones adecuadas, porque estás hablando con un muerto.

Abrazado a mi glorioso padre don Benito Pérez Galdós, bajé al sepulcro, y cuando a él lo arrebató la fama para hacerlo inmortal, yo escarbé la tierra para volver a la luz y proseguir mi tarea de registrar, con ayuda de mi adorada madre *Mariclio* y de sus damas de honor, las

gráciles *Efémeras*, los hechos novelescos acaecidos en mis días.

Ya habrás recordado mi nombre. Por si así no es, sabe que quien te habla se llama don Proteo Liviano. Familiarmente me llaman *Tito*. He logrado acomodarme en la hospedería, que tan familiar te es, de la calle del Caballero de Gracia. Por don Ido del Sagrario no pasan años. Es tan parlanchín y tan bueno como fué durante mi otra vida.

Tampoco el tiempo deshizo el orden de mi modesto gabinete. Allí están mi mesa recargada de papeles, mi armario ropero, mis sillas vejanconas y mi yacija estudiantil.

Mi madre, previsora siempre, sin duda por una de sus etéreas criadas había mandado poner sobre mi escritorio un paquetito que contenía el dinero acostumbrado y una breve cartita, tan breve, que sólo contenía estas palabras:

«Tito de mis entrañas: ¿Quieres trabajar? ¿Quieres continuar tu tarea? Pues da de lado a todos tus amigos y amigas, incluso a Casianilla y a Segis. Apresúrate antes de que la vida los esfume, antes de que el viento los disperse, a recoger los datos concernientes a la vida y a la obra de Cachaldoira. *La ley de fugas* puede darte materia para un interesantísimo *episodio...*»

Leí y releí la carta de mi querida madre y, al meditar sobre ella intensamente, caí en una de mis acostumbradas pesadillas, mixtos estados de sueño y de vértigo, en la que, como siempre, me rodearon las traviesas *Efémeras* aturdiéndome los oídos con populares canciones y torturando mis carnes con despiadados pellizcos.

La que de entre ellas parecía más sensata, dominó un instante el tumulto, y me dijo con voz dulcísima:

—En volandas, al través de la Historia, te hemos hecho retroceder hasta el año mil ochocientos setenta y tantos.

Has tomado tierra junto a la famosa *punte segoviana*, entrada del Madrid viejo, como dicen los versos que tan deleitosamente recitaba el primero de los Calvos.

Esa dromedaria que cuidadosa mide con una cuerda el contorno máximo de una de las bolas del puente, es la cocinera de los señores de Alvarado. Cuando salió de mañana a la compra hubieron de encargarle una gorra de colegial para el chico mayor; pero se le ha perdido el hiladillo que tenía las señales y encontró ese expediente para no confesar a la señora su falta. Ten por seguro que acierta en las dimensiones.

Fíjate ahora en ese rapaz chato, de ojos vivarachos y ladinos que jadeante empuja esa rueda de afilar; así viene desde Galicia.

No creas en su aire de *coitadiño*, que de su país lo han

arrojado por malvado, por *indeseable*, como decís ahora.

Su madre no lo pudo criar porque le mordía el pecho, pues nació con colmillos retorcidos de jabalí viejo; tuvo que amamantarlo una loba domesticada que había en su pueblo y ese suero es el que circula por sus venas.

De la escuela lo expulsaron porque a los compañeros les comía la merienda y al maestro le ponía alfileres en la silla. Invirtió los años de la infancia en poner mazas a los perros, cortar a los gatos las orejas y el rabo, injuriar a las jóvenes, perseguir y apedrear a las viejas y comerse las ollas de cuantos se descuidaban, pues su estómago es una sima.

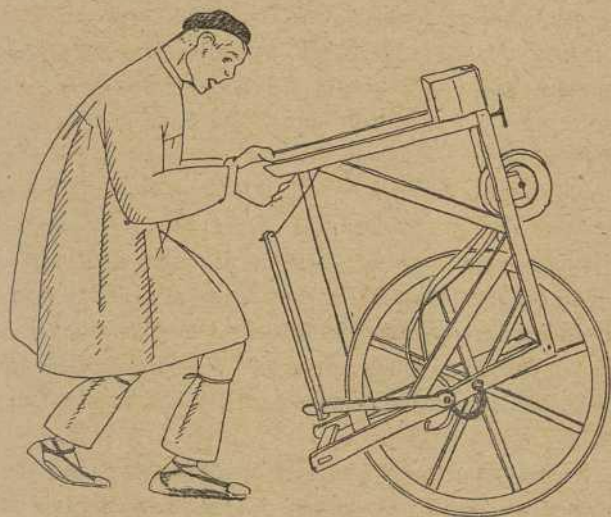
De adolescente, cuando en todos los seres despierta el entusiasmo y la admiración por el sexo contrario, se advirtieron en él inequívocas señales de devoción por los homogéneos, y como aquella es tierra de gentes honradas y limpias, entre las que no tiene precedentes el pecado de Sodomá, entregáronle ese artefacto y lo echaron a rodar por el mundo, que es grande y piadoso, y no niega el sustento ni aun a los alacranes.

Se llama Ugolino Cachaldoira. Registra en tu memoria su nombre porque has de oirlo muchas veces y habrá de sonar aún después de oculto tras de un título de conde, que será el premio de alguna de sus gatadas.

Míralo: ya se dispone a la conquista de Madrid y de España. Ya pregoná sus servicios.

—¡El amolador!... ¡Amolar tijeras, cuchillos, navajas...!

¿Ves? Los chicos se burlan de su voz de marica y le



tiran pegotes de barro. Mira como brilla en sus ojos la cólera. De buena gana los haría picadillo; pero en poblado no se atreve; si fuera en campo raso...

Las burletas arrecian; ya se le acercan y le tiran de la anguarina y se le cuelgan de la rueda. Ugolino llora de rabia y lanza con furia su máquina contra uno de los pilares del puente.

O demu me leve—dice—si en esta terriña no me dedico a amolar hombres, ya que no me deixan amolar tixeiras...

III

Cuando las *Efémeras* alzaron su vuelo y calló la que guiaba mi imaginación por los laberintos del ensueño, apenas de cuanto hube visto y oído si pude recomponer más que el nombre del repulsivo amolanchín: Ugolino Cachaldoira.

Ugolino Cachaldoira, me repetía en voz alta para fijarlo en mi memoria, cuando acertó a entrar en mi estancia don Ido del Sagrario, y al oír aquel nombre se santiguó con la misma unción que en su piadoso ademán hubiera puesto una clarisa al escuchar una horrenda blasfemia.

—Pero ¿es usted amigo suyo?—se atrevió al fin a preguntarme.

—Hasta hoy no había oído nombrarle.

—¡Qué cosa más extraña!

—¿Tan eminente es el señor Cachaldoira?

—¡Ya lo creo!

—Será sin duda su prestigio uno de esos que se forman arbitrariamente en las peñas de los cafés y desde allí se imponen a todo el mundo. Así tenemos periodistas que jamás hicieron ni la gacetilla más banal; filósofos y juristas que jamás escribieron ni una sola línea dedicada a consignar el fruto de sus meditaciones o la deducción de sus estudios; eminentes oradores que tartamudean; gobernantes preclaros que recorrieron todos los Ministerios y llegaron a octogenarios en pugna constante con el acierto; hacendistas que no saben sumar, ni multiplicar, ni dividir; pero suelen ser maestros en lo tocante a sustraer...

—¡Por Dios, don Tito!...

—Sustracción o resta; ¿no se sigue llamando así la segunda de las famosas *cuatro reglas*?

—Creo que sí; pero es que don Ugolino...

—¿El qué? Eso me interesa; hábleme usted de don Ugolino.

—Pues verás; no ha escrito un libro, ni un artículo; no se recuerda de él ningún discurso notable pronunciado en el Foro, en el Parlamento, en el Ateneo ni en las Academias; pero se sabe que tiene mucho talento.

—Entonces, ¿cómo y por qué se sabe?

—Verá usted. No sé dónde ni cómo se ha convenido, pero lo cierto es que se ha convenido, en que quienes

cojean del mismo pie que don Ugolino, el excelentísimo señor conde de Cachaldoira...

—De modo que ya es conde y además cojea...

—No es que tenga defecto en las extremidades inferiores; me refería al vicio que le costó la expatriación. Pues bien, es cosa aceptada como un dogma que quienes de ese pie cojean, si llevan corbata, necesariamente han de tener mucho talento.

—Y además son bien acogidos en todas partes, porque como se casan para disimular, sus mujeres son cebo y estímulo de los aventureros y corsarios del amor complicado y barato. Y deben ejercer gran influencia en la psicología y en las costumbres de la sociedad contemporánea, porque en los pocos días que van desde mi regreso a este mundo, he oído decir de muchos hombres, en tono de censura, de execración más bien: «Fulano tiene mucho entendimiento; es honrado y trabajador; pero... le gustan tanto las mujeres...» ¿Será posible que hayamos llegado a esto, don Ido de mi alma?

—Así es, don Tito de mi corazón; pero déjeme que le acabe de descubrir a don Ugolino, pues además de ese recurso usa de otro que de igual modo contribuye a hacerle reputación de sabio sin necesidad de quemarse las cejas ni gastar dinero en libros.

—Veamos.

—Tiene en su país un millar muy cumplido de subcaiques que con los foros, los consumos, las falsedades

electorales, las persecuciones despiadadas, el aislamiento feroz, pues aquellas aldeas están sin caminos, hacen la vida imposible a todo el que quiere desenvolverse honradamente. La última tropelía de este género que allí ha realizado, ha sido la de poner a los maestros de escuela bajo la inspección y vigilancia de la Guardia civil.

—Y ¿para qué, don Ido? ¿No será esa una leyenda de las que aquí se suelen tejér alrededor de los hombres públicos?

—No lo es, don Tito. Lo sé de buena tinta; y lo que con ello se propone es que allí no haya maestros, pues dice que en aquel país nadie aprende a leer ni a escribir sino para darle disgustos. Empujados por él o por sus jerifaltes, de aquella provincia emigran dos mil hombres cada año; la mitad para la maternal América y la otra mitad para el hospitalario Madrid; pero aquí acaecen más naufragios que en el mar, y aunque los gallegos son hombres sobrios y trabajan con fe en todo lo que a su actividad intelectual o física ofrezca puntos de aplicación, de los mil que aquí corresponden naufragan por lo menos ciento, y como el señor conde de Chachaldoira ha pasado por muchos sitios y en ninguno ha perdido el tiempo, puede permitirse y se permite el lujo de echarles de cuando en cuando unas cuantas pesetas a la rebatiña, con la condición de que digan todos, los que alcancen bicoca y los que con la esperanza hayan de conformarse, que don Ugolino es grande, que don Ugolino tiene mucho talento, que don Ugolino

entró en Madrid bajo palio, que desde su arribo a este mundo fué un modelo de bondad, de pulcritud y de filantropía, que se apartó de su oficio primitivo porque no gustaba de amolar y hasta que tiene una voz de barítono, pastosa, metálica y tan bien timbrada, que si Tita Rufo le oyera cantar, sentiría celos. Los gallegos, créamelo don Tito, son hombres de tesón y con pocos cientos de ellos basta para convencer a todo Madrid y aun a toda España, de que don Ugolino no tiene semejante en virtudes ni en el Año Cristiano, edición *Vis bene conjunctis*, ni en la Historia Universal de Cantú, ni el Enciclopédico de Larousse.

IV

Pocos días después de haber oído de los labios sinceros de mi buen amigo y patrón don Ido del Sagrario estas referencias acerca del personaje cuyo estudio tanto me recomendara mi amantísima madre, al regresar de uno de mis matinales paseos recibí un besalamano perfumado y vistoso en el que el caudillo conservador que era entonces jefe del Gobierno me invitaba a que le hiciese una visita.

Desde que murió Cánovas, el último de los políticos españoles, sentía yo una gran aversión por esta oligarquía de arrivistas que sin preparación cultural, ni filosó-

fica, ni jurídica, ni política se apoderan por artes de mohatrería de la gobernación de Estado y confían a los fusiles y a las cárceles lo que es cometido de la razón y de la justicia. Sin embargo, decidí acudir al llamamiento, que ni aun curiosidad me inspiraba, impulsado por el deseo de encontrar en la antesala de Su Excelencia alguno de los divertidos tipos de la fauna política de nuestros días.

Limpié con una corteza de naranja mis zapatos de charol, siguiendo una receta casera que leí en *La Epoca* unos días antes; cepillé mi terno entallado, ajusté a mi cuello una corbata de seda brochada en tono azul oscuro, requerí mi Frégoli, pues desde que las desacreditó Canalejas con su incuria ya no se usan las chisteras, y me fuí a la Presidencia a pie para gozar las delicias de una mañana tibia y clara.

Sin duda llegué demasiado temprano, pues sólo esperaban dos personajes, uno pequeño y rechoncho, grueso y alto el otro, con el rostro orlado de blancas barbas mosaicas.

Cuando entré decía el pequeño con voz atiplada y ceceante:

—Cléamelo uzté, don Rafael: a mí, lo mizmo me da cer conservaor que liberal con tal de que me dejen cer diputado; de lo demáz no pío nada porque ya tengo el riñón bien cubierto.

—¡Así me gusta, joven, así me gusta!—repuso don Ra-

fael—. *Omnia superbachum pleno de ventre manat*, que dirían los griegos si volvieran al mundo. Lo que yo siento es no haber pensado como usted...

Se abrió una mampara y salió el Presidente hasta el centro de la antesala para despedir al que mientras nuestra espera le entretenía.

Sin duda era un personaje de calidad a juzgar por aquella distinción y por lo efusivo de las despedidas.

Cambiado el último apretón de manos, volvió el Presidente a su despacho y don Rafael, apocalíptico, se irguió sobre sus talones y clamó:

—¡*Esto*, señalando al que se iba, matará *aquello*!—Y tendió su dedo índice recto y fuerte en dirección a la mampara que se acababa de cerrar.

Después, de la conversación de mis compañeros de antesala deduje que aquel a quien don Rafael había llamado *esto* era nada menos que don Ugolino Cachaldoira.

.

—Le llamo, don Tito—me dijo el Presidente después de haberme ofrecido un cigarrillo perfumado y emboquillado—porque sé lo mucho que en esta casa se ha estimado siempre su consejo y no quiero quebrantar la tradición.

Di las gracias con el gesto más elegante que pude componer en aquel momento y prosiguió el jefe del Gobierno.

—Acabo de resolver la crisis nombrando ministro de la Gobernación a ese prodigio de habilidad, de talento y de

honradez que se llama don Ugolino Cachaldoira. ¿Qué le parece?

Al recibir en mi cerebro esta pregunta sentí algo así como si hubiera entrado una de aquellas noches tenebrosas en el *Huerto del francés* y Aldije me diera con el muñeco.

¿Qué iba yo a contestar a Su Excelencia? ¿La verdad? ¿Lo que había oído a don Ido del Sagrario? ¿Lo que me habían dicho las *Efémeras*? ¿El apóstrofe de don Rafael que repercutía en mi corazón como una profecía terrorífica? ¿Un lugar común para que me dejara en paz? ¡Qué arrepentido me sentí de haber acudido a la cita!

—¿Duda?—continuó sonriente y dulzón mi empingorotado interlocutor—¿No quiere ayudarme con su consejo?

—¡No faltaba más!—exclamé poniéndome a tono—. Meditaba. ¿Es muy viejo el señor Cachaldoira?

—No. ¿Por qué?

—Lo decía, porque como sabe Su Excelencia, los viejos suelen volverse niños y si don Ugolino vuelve a su niñez y a su oficio, tenga Su Excelencia por seguro que le dará por amolarnos... y nos amolará.

V

Don Ugolino Cachaldoira había tomado posesión aquel día por la mañana de la cartera que le confió su jefe. Des-

granó todo su tiempo en recibir visitas, acoger comisiones y escuchar cumplidos, y al fin, bien entrada la noche, pudo verse solo con un veterano secretario que pudiera orientarle en aquella nueva situación.

—Estoy muy cansado—dijo Su Excelencia—; indíqueme lo que corra verdadera prisa para resolverlo en el acto, y de lo demás ya nos iremos ocupando.

—Cosas apremiantes, no tenemos, señor ministro, pero conviene que dé un vistazo a la consulta que en esa Memoria hace el gobernador de Barcelona, pues si no esta noche, mañana a primera hora ha de pedir con toda seguridad que se le conteste.

—Voy ahora mismo a estudiarla. Salga y diga que no estoy para nadie. Ya le llamaré cuando termine.

Don Ugolino leyó con avidez aquel infolio.

Comenzaba con una sombría y trágica descripción del estado de la ciudad. Los obreros, según el informe, se habían hecho dueños de todas las fuentes de riqueza; pero no para explotarlas, sino para cegarlas. Todos los días ejercían actos terribles de *sabotaje* y los patronos tenían que vivir encastillados en sus casas de paredes blindadas. El que temerario inexperto o mal aconsejado decidíase a salir a la calle, indefectiblemente habría de caer acribillado a balazos.

Terminada la parte descriptiva, enfrascábase el autor en una disertación de tono profético; de no poner un remedio inmediato y enérgico, Barcelona desaparecería del mapa;



su puerto quedaría eliminado de las líneas de tráfico; se cerrarían todas las fábricas y todos los talleres, y una intervención extranjera pediría al Gobierno cuentas de por qué había dejado hacer y expansionarse en plena civilización aquel foco de anarquía rebelde y tormentosa, cuando sólo a condición de ser mansa y filosófica era tolerada, sin dejar de ser vigilada, en los países más liberales del mundo.

Proponía después los remedios el autor del luminoso informe. Habían de ser inmediatos y de carácter quirúrgico. Cercar una noche la ciudad con un robusto cordón de tropas; sacar luego de sus casas tres mil hombres: escritores, desde los más tibiamente liberales hasta los más aferrados al dogma sindical; abogados que hubieran defendido, aunque fuera en turno de oficio, procesos sociales; obreros que hubieran desempeñado cargos en las directivas de sus sindicatos; oradores de mítines y asambleas, y hasta patronos de los que, por debilidad o por ideales, no se hubiesen mostrado mezquinos y rudos en sus concesiones. A todos era preciso eliminar en un instante, bien encerrándolos en una plaza y pasándolos allí a cuchillo, bien estibándolos en un barco para hundirlo con dinamita, bien arrojándolos al mar con piedras atadas a los pies, bien combinando todos estos procedimientos para aplicarlos adecuadamente; *récipe secundum ars*.

Podía, a juicio del autor, anticiparse un ensayo para ver cómo lo recogía la opinión; por ejemplo, hacer que la policía detuviese a alguno de los *tres mil*; decir que al ser

conducido a una Comisaría intentó fugarse y que sus aprehensores habían tenido la desgracia de matarlo de un tiro al perseguirlo en cumplimiento de su deber.

«Así han caído en los caminos muchos desventurados gitanos y así hubo que hacer, como medida de buen gobierno cuando lo de la *Mano Negra*, hasta que Cánovas, dejándose llevar de sensiblerías periodísticas, lo prohibió.»

Con este párrafo terminaba la Memoria.

Don Ugolino la leyó entusiasmado hasta el colofón y alguno de sus pasajes encendieron relámpagos de alegría en sus ojos y provocaron en sus labios viscosos una sonrisa de complacencia.

Meditó un momento y en seguida, con resuelto ademán, hizo sonar el timbre.

—¿Qué manda S. E.?—preguntó el secretario.

—Esta Memoria ¿ha llegado hoy?

—No, señor; lleva aquí mucho tiempo. Ha pasado ya por las manos de tres ministros.

—Y ¿qué han dicho?

—El que de mejor manera trató a su autor, quiso enviar un famoso alienista para que lo reconociera.

—Pues yo no veo que sea disparatado nada de lo que dice aquí.

—S. E. con su superior criterio resolverá lo que tenga por conveniente. Yo sólo puedo decirle que su autor ha teleografiado esta mañana para que sin perder tiempo so-

metiéramos la Memoria al conocimiento de S. E., y telegrafiará mañana preguntando el resultado.

—Tome nota y contéstele inmediatamente: «Estudiada la Memoria. Ensaye y venga para que cambiemos impresiones.»

Salió con el borrador del telegrama el funcionario, se retiró a dormir el ministro y de debajo de su mesa se precipitó hasta el hueco de un balcón una *Efémera* negra, de ojos encendidos como gotas de sangre, a la que jamás había visto yo en el séquito de mi adorada madre. Lanzó una carcajada estridente y salió volando sobre la Puerta del Sol entre alaridos desgarradores.

VI

Al día siguiente del otro memorable en el que don Ugo-lino Cachaldoira, el amoladorcillo malvado y ladino que en el año de mil ochocientos setenta y tantos asaltara Madrid por el puente de Segovia, fué exaltado al ministerio de la Gobernación, mi paternal hospedero don Ido del Sagrario entró en mi dormitorio una hora antes de lo acostumbrado. Traía, no obstante, el desayuno, que no era por cierto aquel riquísimo chocolate de las monjas vallecas con bollos de Torroba que tantas veces me sirviera durante mi otra encarnación, sino un indecente barro, endulzado y espesado

Dios sabe cómo, y *guarnecido* de una ensaimada con la que bien se pudiera descalabrar a un gigante.

Amén del desayuno traíame un periódico, y en sus ojos de espanto vi el reflejo de una noticia sensacional y espe-luznante.

—Oiga, oiga, don Tito de mi alma y ayúdeme a sentir.

Bostecé para acabar con las retaguardias del sueño que aún me acometían y me dispuse a escuchar al bueno de don Ido, que ya se había calado los anteojos.

«Barcelona, 5 madrugada: Hace dos horas han sido libertados los obreros Pedro Sans y Jaime Bonanova, conocidos sindicalistas del Ramo de la Madera que llevaban más de un año presos gubernativamente.

A pocos pasos de la cárcel unos guardias, que sin duda para esto los esperaban, los cachearon escrupulosamente, haciéndolos desnudar en medio de la calle y sacudiendo sus ropas y su calzado.

Convencidos ya de que no tenían armas de ninguna clase, los dejaron marchar, y cuando caminaban hacia sus casas, otra ronda de policías los detuvo y los sometió a interrogatorio; pero intentaron fugarse y para ello acometieron violentamente a los vigilantes reunidos allí en número de veinte, que se vieron obligados a hacer uso de sus armas de fuego.

Sans cayó muerto en el acto y Bonanova fué conducido a la Casa de Socorro, en donde le apreciaron diez y ocho

heridas de arma de fuego, y falleció también a los pocos minutos sin haber podido prestar declaración.

La oficina policiaca que nos ha facilitado este informe nos ha entregado también una nota de los antecedentes de los muertos; dice así:

«Pedro Sans (a) *El Tifus*. De veintidós años. En el año de 1890 asesinó a su abuela y fué absuelto por el Jurado. Luego se hizo ladrón y le quitó las dos hebillas de los zapatos al obispo Morgades; pero se las devolvió por conducto de Memento cuando vió que los brillantes de las hebillas eran falsos. Tomó parte en los atentados sociales contra los patronos Guarro, Cavrón, Trincheraire, Puigdegrulle, Panchafull y otros. Se sospecha además que sea el autor del descarrilamiento acaecido en el ferrocarril Transiberiano el 18 de abril de 1895.»

«Jaime Bonanova (a) *Cólera*. De diez y nueve años. Formó parte de la cuadrilla de forajidos que capitaneaba el célebre *Panchampla*. Emparentado con la familia Rull puso bombas por encargo de éste en varios sitios. Ha tomado parte en todos los atracos que se han cometido en estos últimos meses. Para que la opinión pueda juzgar de sus malos instintos, baste saber que su inclinación al robo le hacía ir de niño al Parque y allí le robaba al *Abi* los terrones de azúcar que le daban las señoritas. Ocioso es decir que el veterano y pacífico elefante, más de una vez se salió de sus casillas y le arreó una trompada...»

—¿Qué opina usted de eso, don Ido de mi alma?

—Lo que usted seguramente, don Tito de mi corazón: que estos pobres hombres han sido excarcelados para asesinarlos. Si llevaban más de un año presos gubernativamente, ¿cuándo y cómo han de haber tomado parte en esos crímenes?

—Y si así fuera, ¿cómo en vez de estar presos de orden judicial lo están en virtud del famosísimo artículo 22?

—Fíjese además en que les imputan cosas acaecidas antes de que ellos vinieran al mundo.

—Ya lo he advertido. ¡Bien inaugura su mando el señor conde de Cachaldoira!

—Por eso me eché a temblar ante la sospecha de que fuera usted su amigo. Como lo dejen ya verá usted adonde llega.

—Pero ¿lo dejarán?

—Mucho me lo temo. En las altas esferas de la política se cree como en un dogma en la ecuanimidad, en la sabiduría y en el talento de don Ugolino.

El Presidente, que es un alma de Dios, se entregará a él atado de pies y manos, y ya verá usted cómo tenemos más que palabras.

—Sin embargo, la opinión, la Prensa.

—Todo eso en estos tiempos merecería llamarse *los cachibaches de antaño*. Suspendidas como están las garantías no hay medio de que la pública opinión se exteriorice; los gobernadores prohíben hasta las conferencias científicas. En cuanto a la Prensa, ya han logrado matar los pe-

riódicos independientes; cada uno de los que queda es el tabardo con que se guarda de los malos vientos algún personaje, y como todos, blancos y negros, viven en camaradería y cuchipanda, ya sabe usted el estribillo:

Hoy por ti,
mañana por mí,
sólo nosotros valemos aquí.

—Y ¿no hay más?

—Quedan algunos periódicos que se dicen liberales e independientes y acaso lo sean; pero les han hecho creer que las estridencias son de mal gusto y siguen estúpidamente esta moda impuesta por las taifas conservadoras.

—Aunque así sea, queda el Parlamento.

—*¡Liberanos dóminel*, don Tito de mi alma. Los estatutos y reglamentos que regulan su función, lo han convertido en una falange de mudos. Allí no pueden hablar más que los jerifaltes.

—En eso no está usted en lo cierto. Hablan todos los diputados y todos los senadores que tienen algo que decir.

—Eso sería en los tiempos de usted, mi querido don Tito. ¿De veras no conoce usted la *mecánica* parlamentaria?

—No.

—Pues verá. Se trata por ejemplo de los *ruegos* y *preguntas*; el Presidente lleva una lista reservada en donde inscribe el nombre de quienes lo solicitan. El que no con-

viene que hable tiene siempre por delante treinta o cuarenta oradores.

—Pero en las grandes cuestiones...

—Allí el procedimiento cambia; se establecen tres o cuatro turnos de totalidad y por mucho que madruguen las verdaderas oposiciones a pedirlos, siempre están ya repartidos entre tres o cuatro diputados buenos chicos de los que, para no molestar a nadie, ni aun tienen un matiz político definido. El que hable después que ellos habrá de hacerlo para alusiones, con la Cámara fatigada y en hora intempestiva.

—¡Pues sí que estamos divertidos!

—Además los Gobiernos tienen el recurso de utilizar cuando les conviene uno de sus buenos amigos de la oposición dinástica o antidinástica para que promueva un *debate político*; en ese estanque rumoroso y quieto se miran al espejo todos los Narcisos y mientras tanto naufraga el interés público.

—¡Vaya un sistema!

—Así se gobierna, don Tito de mi alma. Ya lo dijo sonoroamente el *cursi mayor* del reino...

VII

Por aquellos días logré hacer relación y ponerme al habla con un tipo singular que jamás había sido periodista

y a título de periodista peligroso y avisado fué adscripto al negociado de Prensa del ministerio de la Gobernación.

Allí pasaba el rato por las mañanas contando todas las anécdotas periodísticas que había oído contar y haciéndose protagonista de ellas:

—Cuando Alejandro Sawa y yo fundamos *El Clarín*...

—En vida del pobrecito Delorme...

—Cuando me encargó de la sección política Suárez de Figueroa...

Como premio a su facundia y remuneración de su trabajo, Botaratoff, que era jefe del negociado de Orden Público y administrador del *fondo de reptiles*, le entregaba cada mes tres billetes de cien pesetas.

Se llamaba Guitón, y a partir del significado que los castellanos viejos atribuyen a esta palabra, declaro que jamás vi apellido mejor adaptado.

Por Guitón supe que sin perder momento llegó el autor de la famosa Memoria para conferenciar con don Ugolino. Encerráronse los dos en el despachito chico que hay entre la secretaría particular y el salón grande de recibir *en rueda*; quedó el pícaro bien oculto entre unas cortinas y pudo, sin perder sílaba, recoger el interesante diálogo que sostuvieron las dos autoridades.

—Ya habrá usted visto—decía el autor del infolio—que hemos empezado a aplicar los remedios heroicos y nadie ha protestado.

—Ya lo he visto.

—Urge, pues, llevar a la práctica todo mi plan.

—Y ¿usted cree que con sacrificar a tres mil quedará todo como una balsa de aceite?

—En aquella región, sí. Del resto de España, nada puedo decirle.

—Ya he pensado yo en ello. Si encarcelamos a los directores de las organizaciones obreras, no conseguiremos evitar la protesta; en las cárceles por mucho que se vigile entran periódicos, y es más, parece que las noticias se hinchan al franquear las rejas. He pensado hacerles pasear sin descanso, a pie, por las carreteras entre parejas de la guardia civil. Así no podrán enterarse y si se enteran no podrán protestar.

—¡De perlas, mi querido jefe! ¿De modo que ya puedo comenzar, mejor dicho, proseguir?

—Despacio, despacio, mi querido amigo, que cuando estalle la tormenta, cosa que habrá de ocurrir tarde o temprano, usted se escudará con el ministro, y el ministro tiene desde ahora que ponerse en salvo. ¿A quién interesa la aplicación de esos procedimientos de la *Memoria*?

—No entiendo.

—Pues es bien sencillo. Ni usted ni yo vamos ganando nada que sea positivo y práctico con asesinar obreros rojos en las calles ni con arrastrarlos por las carreteras.

—Como ganar, ganaremos reputación de hombres bragados, decididos, valientes...

—Con *eso* no se come, y *eso* cualquiera lo es cuando le

guardan la espalda cien mil fusiles. Al proceder de esa manera, no le quepa a usted duda, vamos a servir, o por lo menos a complacer, a determinados sectores patronales y políticos, que son sin duda los que de usted han solicitado esas medidas.

—Evidente.

—Pues que lo paguen.

—A ello están dispuestos; ¿pero el señor ministro no sabía?...

—Ni palabra.

—Pues cuente con ello; todo está convenido.

Se citaron para hablar de cifras, y a esta segunda parte de la conferencia no pudo asistir mi amigo Guitón.

VIII

Muy pocos días después de haberme dado cuenta mi amigo de esta conversación transcendental entre el autor de la *Memoria* y el ministro de la Gobernación, determiné pasar por la portería de la Academia de la Historia para inquirir nuevas de mi adorada madre *Mariclio*, y el conserje, además de entregarme en buena moneda la asignación del mes, hubo de poner en mis manos una carta en estos términos coordinada:

«Mi querido Tito: Ya veo que cumpliendo mi encargo te afanas por registrar con verdad y con cuidado los hechos

portentosos que en estos días acaecen, Estudia, penetra, profundiza; no te detengas en cosas epidérmicas ni superficiales. Analiza y verás como al mismo compás que llevan los arroyos de sangre en las calles de nuestras mejores ciudades, aumentan las fortunas de muchos aventureros de la política. Temen las balas vengadoras y quieren proteger su pecho con corazas de oro. Ya el amolanchín mugriento y harto de ajos que viste entrar por la puente segoviana, no se dejaría ahorcar por tres milloncejos de duros. Es un nuevo método este de amasar fortunas con sangre efundida en nombre de la ley y el orden. Registra el hecho, que en la Historia no tiene precedente. Procura hacerte con una copia de esa famosísima *Memoria* que han redactado en colaboración el que la sometió al ministro y Botaratoff. En ella está la ley de fugas no en germen ni en embrión sino totalmente gestada y perfecta; pero no son sus autores quienes en las cuartillas la escribieron, sino el que con el soplo divino de su autoridad le dió fuerza vital por... lo que Guitón te ha dicho.

Cuídate mucho, hijo mío, y trabaja con ahinco, ya que mis *Efémeras*, ocupadísimas en estos días complicados y tormentosos, poca es la ayuda que pueden prestarte.

Te abraza tu madre,

Mariello.»

.
A partir de aquel momento, raro fué el día en el que la prensa no diera cuenta de una aplicación en Barcelona de

la *ley de fugas*. Los jerifaltes de muchas otras provincias sintieron la emulación y el contagio y la aplicaron también, y mientras tanto las carreteras de toda España mordían con los dientes de sus guijarros los pies de lo más florido y sensato de la clase trabajadora.

Se cuidó mucho de amordazar la prensa y de evitar el que se celebraran asambleas, conferencias ni mítines.

A cada uno de estos crímenes seguía un silencio trágico, mucho más trágico de lo que hubiera podido ser la protesta.

En el silencio se encendieron y se avivaron el odio, el rencor, la rabia. Rugió de ira el pueblo encadenado, levantó su brazo, el mismo brazo que desplajara montañas cuando la batalla mitológica de los gigantes contra los dioses, y disparó su venganza cuajada en plomo.

Pero disparó por elevación, sin cuidarse de asegurar ni de dirigir el golpe; contra la función y no contra la persona; pero cayó la persona y su sangre se confundió en el arroyo con la sangre de los que por orden de sus lugartenientes fueron inmolados.

Rodearon el cadáver del primer ministro todos los que habían sido sus jerifaltes y edecanes. Callaban todos entristecidos. Lloraban algunos. Cachaldoira, amarillo, llamaba en vano sus lágrimas; derramó las últimas a la entrada del Puente de Segovia en el año de mil ochocientos setenta y tantos al estrellar contra uno de sus muros la rueda de afilar.

Cuando más atrabiliarios eran sus gestos para disimular la sequedad de sus ojos, entró volando en la estancia una de mis *Efémeras* más familiares; rompió con su aleteo jugueteón aquel silencio fúnebre y parodiando con muy buena gracia la voz apocalíptica de don Rafael, dijo señalando con el dedo a don Ugolino Cachaldoira, conde de ídem:

—Ya lo advertí a tiempo: *esto* ha matado *aquello*.

Números publicados en 1922

Ella era el alma, de El Caballero Audaz.

El hombre de las manos bonitas, de Alvaro Retana.

Los ojos de la muerta, de Alfredo Cabanillas.

La bailarina de Samarcanda, de Luciano de Taxonera.

El figón de Paca «La Tartanera», de Fernando Mora.

La noche del estreno, de A. González Blanco.

La venganza de Alfredo Inestares, de Francisco Lucientes.

El «mataor» de cartel, de Luciano de Taxonera.

Los Pistoleros, de A. Vidal y Planas.

El fámulo joven, de R. Cansinos Asséns.

Trepoff en Barcelona, por el Barón de X.

El delito de soñar, de José Francés.

Lo irremediable, de Valentín de Pedro.

«Cómo y por qué mataron al Presidente del Consejo», por el Barón de X.

«Los quincenarios», por el Barón de X.

La bárbara traición, de Valentín de Pedro.

El establo de Augias, de Angel Samblancat.

Madame Chocolate, de Federico Muñiz.

Números publicados en 1923

Por qué no le mataron, por el Barón de X.

Número extraordinario con crónicas y cuentos de «El Caballero Audaz», Alvaro Retana, Eduardo Barriobero, Luciano de Taxonera, Fernando Mora, Rafael Cansinos Assens, Francisco Lucientes, Juan López Núñez, Valentín de Pedro, Angel Samblancat y «Maquiavelo».

La herencia de la bruja, por Carmen de Burgos (Colombine).

El vengador, por Angel Samblancat.

Lo que la vida devuelve, por El Caballero Audaz.

Número atrasado, 25 cénts.

R
13623

Biblioteca de La Rioja



10000443543

